

Querido Viejo



Cuando era niño, Rafael Chaparro Madiedo, autor de las novelas Opio en las nubes y Él Pájaro Speed y su banda de corazones maleantes, siguió por la radio el derrocamiento de Salvador Allende, en Chile. Angustiado, intentó todas las fantasías posibles para salvar al entrañable viejo. Esta crónica, que rememora dicho episodio, fue originalmente publicada en la desaparecida revista Consigna, el 15 de septiembre de 1988. Luego fue incluida en la compilación de textos periodísticos del mismo autor, titulada Un poco triste, pero más feliz que los demás (2012).

Tenía nueve años cuando el más sanguinario ser que haya parido el cono sur (ese cono sur debería metérselo por donde sabemos), derrocó al único gobierno socialista del continente que haya llegado al poder por la vía del voto. De mi

Rafael Chaparro Madiedo

mente no se borrará aquella mañana de septiembre cuando pegado al radio escuchaba las noticias sobre el golpe. En la radio se hablaba de que el Presidente Allende, siempre tan gallardo el viejo, resistía acompañado apenas por unos cuantos amigos, leales hasta el último instante. Las imágenes de la televisión me impactaron mucho más: el Palacio de la Moneda totalmente destruido, los tanques, los soldados, la niebla de la brutalidad en el aire. El Estadio Nacional de Santiago, aquel donde unos tres años antes Allende pronunciara un emocionado discurso, era ese día un campo de desolación y de vejación al ser humano. Los reyes de la devastación se regocijaban en lo que más les gustaba: escupir sobre la sangre. Allí mismo murió Víctor Jara, profesión: cantor popular, le cortaron las manos para que no siguiera cantando y animando a los prisioneros, murió desangrado. Una sangre olvidada derramada sobre un anónimo césped.

Me inventé juegos absurdos mientras en la radio se escuchaba la detonación de los aviones y de los tanques y mientras decían que el comunismo había sido extirpado de esa parte



del continente. En mi mente infantil pensé que podía ayudar a miles y miles de kilómetros a mi querido viejo Allende, a través de juegos absurdos. Por ejemplo, cogí unas cuantas canicas. Coloqué una “pota” en el final de un corredor. Me situé a unos veinte metros, la prueba era difícil, y con las otras bolitas jugaba a darle a la primera. Pensaba que si le daba con tres seguidas, Allende resistiría y saldría airoso. Como casi siempre pasa en este tipo de juegos, no logré acertar a pesar de que en el colegio tenía fama de tener muy buena puntería. Parecía que las canicas me estuvieran dando un golpe de estado.

Otro juego, ya la desesperación llegaba a su más rabioso extremo, fue el de salir a una avenida cercana a contar diez carros que en ese año era lo que más se veía por las calles: los Renault 4. Pensé que si lograba contar por lo menos diez de ellos en menos de un minuto, Allende se salvaría. Inexplicablemente pasaron como siete Simcas y sólo unos cuatro Renault. Ya en esa época conocía algo de la música de los Beatles, que compartíamos con un vecino; coloqué *Help*, *Let it be*, una y otra vez, hasta el cansancio. Mi pequeña alma infantil se iba haciendo, cada minuto que pasaba, con cada descarga que sonaba, muy insignificante. Un dolor ridículo me apretó el estómago. Vomité. Otra vez *Let it be*. Ese piano y esa guitarra sonaron aquel día desgarradoras. Ya en la noche todo parecía estar decidido: mi puntería se había agotado definitivamente y mi querido viejo Allende ya estaba muerto, sepultado por eternas cenizas de brutalidad. Me fui a dormir. Pesadillas. El 12 de septiembre sentí que la niebla me cubría los ojos. En el colegio me convidaron a jugar canicas. No me acordaba del día anterior. Llegué adonde un chino que tenía un morro de tres potas chinas. Nadie había podido atinar. Me cuadré en la línea de tiro. Apunté y vi cómo la vil canica se estrellaba contra el trío multicolor. Gané. En ese momento me acordé de mi falta de puntería el día anterior. Me pareció ver el rostro de mi querido viejo Allende reflejado en una de las canicas.

Lloré. Lancé las bolitas a la mierda. También quise irme para allá.

Rafael Chaparro Madiedo (Bogotá, 1963-1995). Como cronista y columnista publicó en el diario *La Prensa* y en las revistas *Credencial* y *Consigna*. Fue, además, libretista y director de un programa infantil de televisión llamado *Brújula mágica*. Ganó en 1992, con su famosa *Opio en las nubes*, el Premio Nacional de Novela de Colcultura.

La crónica aquí incluida fue seleccionada, de las publicadas por Chaparro Madiedo en su columna “¡Luz, más luz!” de la revista *Consigna*, por el periodista Alejandro González Ochoa, compilador y conocedor de la obra de Chaparro, de quien ha publicado las antologías *Zoológicos urbanos. Historias mutantes* (Editorial Universidad de Antioquia, 2009) y *Un poco triste, pero más feliz que los demás* (Tropo Editores, 2012).